

Tomo I.

EDICIONES SELECTAS

Núm. 3.

AMERICA

CUADERNOS
MENSUALES -

DE LETRAS
Y CIENCIAS -

ALMAFUERTE



ESPIGAS



DIRECCIÓN:
Avda. MONTES DE OCA, 1706
BUENOS AIRES

1919

ALMAFUERTE

El 28 de Febrero de 1917 — un día antes que los niños volvieran a la escuela — moría allá en su humilde casita de La Plata, rodeado por algunos muchachos — hijos de su espíritu — el más vigoroso y humano de los poetas de América: Pedro Benjamin Palacios, más conocido por su famoso seudónimo: Almafuerte.

Almafuerte como Sarmiento, a quién mucho admiraba, fué nada más que maestro de escuela y digámoslo en su honor: maestro sin título oficial.

Poeta y de los grandes, convencido de su misión social, fué sobre todas las cosas un apóstol de la bondad. Y como un verdadero apóstol, predicaba con el ejemplo.

Amaba con toda su alma de poeta atormentado, a la muchedumbre anónima — su chusma querida, — Los grandes poetas — escribía — solo defienen sus ojos consoladores en las lacras humanas cada vez que se dan vuelta para mostrarnos el porvenir,



Un pueblo cuyas mujeres tomaron la Bastilla, sin más armas que su arrojo, podrá ser vencido por semi-dioses; pero nunca, jamás, por semi-barbaros.

Almafuerte

ESPIGAS

El arte más consumado consiste en no tenerlo; es decir: en ocultarlo de todas maneras. El ingenio sin aplicación humanitaria, sin objeto superior al ingenio mismo, como aquel depravado que se deleita en su propio ser, concluye por idiotizarse y consumirse. El aplauso es un vino artificial que emborracha sin fortalecer; la piltrafa que arroja la gloria a los que corren detrás de ella, sin esperanza de conseguirla; la corona de los histriones y la alfombra de los sabios, la fusta resonante a cuyo son galopa la vanidad.

La caridad humana es una matrona que amamanta hijos ajenos a sus propios pechos, para que no se acaben los lacayos. Ella deja sobre la frente de los que la reciben un estigma indeleble, que no redimirá enteramente ni la corona del imperio universal mismo. Cultiva sus laureles con abono de miseria. Pisa sobre corazones agradecidos. Navega en río de lágrimas que no ha derramado. Se nutre del dolor sin padecerlo. Es el cuervo blanco de la desgracia.

Como no se desprenden espontáneamente de la rama sino las hojas secas, no se desesperan más que los impotentes ni se matan más que los inútiles.

La niñez desamparada tiende naturalmente a lo vil, porque esto, no otra cosa, pide el cuerpo. El arte de educar es el arte de modificar paladares. Jesucristo hizo lo propio; pero la exquisita sensibilidad que él nos desarrollara, acaba de atrofiarse y otra vez queremos carne cruda y sangre caliente. Dentro de la naturaleza hay mucho cieno: todas las virtudes cristianas están fuera de ella y la contradicen.

El crédito es una amalgama de calumnias y alabanzas; una moneda hecha de murmuraciones y acuñada en la trastienda.

El análisis de lo torpe ha de hacerse con verdad; pero sin complacencia: no como quien busca, sino como quien encuentra Nadie, que posea un espíritu límpido, establecerá su taller en mitad de la podredumbre, por el solo prurito de reproducirla. Allí se va para dos cosas: o para purificar o para gozar. El alma del artista verdadero es un espejo que juzga. Wagner acaba de enseñarnoslo: hasta detrás de un músico puede predicar un apóstol. Los grandes poetas solo detienen sus ojos consoladores en las lacras humanas cada vez que se dan vuelta para mostrarnos el porvenir. Dios no oplicó su mano soberana sobre el lodo cósmico, por simple arrebató artístico.

La ciencia es una joven buena y hermosa, que des-acreditan los mequetrefes a quienes saluda con inocente afabilidad.

La humanidad se lo ha llevado siempre buscando asiento: toda la historia no es más que rindo de sillas, murmullos de platea, preliminares de banquete. Pocos son los que ponen su deseo allí donde su mano:

la generalidad lo echa en pos de sus ojos. Buscando lo imposible, se está buscando siempre. La imaginación enceguece a la soberbia, estimula a la envidia y llena la vida de amargura. El derecho suele ser la cortesía de la voluntad, y ésta es la soberana de la fuerza. En el fondo de todo está un egoísmo vibrando su látigo. El hombre, como los malos cómicos, sólo quiere hacer papeles de rey.

PAGINAS NEGRAS

I

Aunque residas entre alienados, calcula; aunque vivas entre mujeres, teme; aunque duermas entre niños, vigila. Vivir es invadir: se nació para la conquista: cada átomo de alma, cada átomo de César: toda espalda está amenazada de su estileta y toda mano condenada a herir. Hasta los lobos reposan entre los lobos; pero tú no duermas tranquilo —; no!; nunca! — ni sobre el corazón de tu propio hijo: nada te ama. Fíngete, cualquiera ocasión, incapaz de la mínima resistencia y del mínimo empuje, y ya verás, aunque no del todo, cómo es de espantoso el rostro humano: por detrás de su gesto se percibe a Satán, lo mismo que a través de un manto las palpitaciones del pecho y las líneas del busto. Con aquellas inconscientes precauciones con que se despoja la mujer, aunque no la miren más que las tinieblas, — hasta sobre la cuna de un recién nacido se asomaría, cubierto de rubores, el egoísmo: jamás ha salido a la luz toda entera la perversidad de los hombres: huye de sí misma: evita la fulguración de quien sabe qué iras: tiene la sospecha de Dios. Allí donde nada se teme ni nada se aguarda, nada se respeta ni nada se pone: el castigo y la recompensa

han hecho la civilización: sin látigo ni pan, te circundaría el desierto: todo lo que te rodea lo verificó el intelecto; pero lo decretó la lujuria. El lado más bello de la humanidad, sus virtudes más amables, parten de un punto negro: son la perspectiva de su propia podredumbre; el palio de púrpura, debajo del cual se revuelca en el estiércol: brillasones del lodo.

Si escudriñaras con sinceridad el fondo de tus entrañas, verías cuanto veneno hay en ellas, cuán estrechas y personales son tus miras y cuán raquíticos y hasta infames los móviles de tus obras mejores; pero tú nada sabrás completo de tí mismo, tu corazón te engaña como a su juez: no quieres verte: el amor de tí propio te ciega y más exactamente me hablan de tí las bestias que te embisten y las alimañas que te huyen: todo te aborrece o te teme. Sí, sí; nadie que haya hecho algo bueno ha querido hacerlo; dentro de cada uno lo que hay es un secreto inconfesable: aquel más criminal o más vil, todavía lo es más!

II

La virtud pura, el altruismo, cuando no es una sinulación, no puede ser otra cosa que un lugar vacío; una mutilación dorada; la parálisis del mal. Porque donde no está el egoísmo está lo anormal, lo excéntrico, la muerte. Semejante a la magnífica florecencia del invernáculo, me parece aquella flor de tu alma que tú llamas abnegación: yace dentro de la naturaleza cual una aberración hermosísima; pero su esplendor es efímero, la razón de su existencia un esfuerzo permanente, y su tendencia incontrastable la degeneración: no está en tí como tu ojo, sino como la órbita hueca del ojo que falta: es una cicatriz. Muchas veces al día se desnuda el santo de su virtud, como de una pieza de vestir demasiado lujosa: solo uno — Jesús — fué bueno siempre y se le atribuyó la divinidad.

Como te calzas tus chinelas, así te calzas tu egoísmo para descansar de tu beneficencia: primero se fatiga la mano que dá que la mano que recibe: la atmósfera evangélica es etérea, y por eso permaneces en ella como los anfibios en el mar, divisando la costa. Tu caridad es apenas una especie de miembro de relación que te vincula al resto de los hombres; un elemento de triunfo sobre los demás; el medio de exabeller y purificar tu propio aire ambiente: como la policía higiénica de tus ciudades, haces tú la policía del dolor, beneficiante patricio. Hasta la profunda emoción que te embarga, cada vez que te cierran el paso los infortunios ajenos, me denuncia el refinamiento, la sutileza impalpable de tu egoísmo; tu pensamiento está en tí y en los tuyos, al mismo tiempo que riegas de lágrimas la frente de los que sufren. No; no se conduce el hombre sino de aquellos dolores que pudieran caer sobre de él o rozarle de alguna manera. Se llora hasta sobre las cosas y las bestias, por lo que ellas tienen de humano; pero la estrella que se apaga, con ser un dolor tan enorme, no arrancó jamás un suspiro: tu commiseración, entonces, tiene mucho de sobresalto. Todo lo que en tí no trabaja para tí, trabaja en tu contra: eso es lo que tú sabes, la única idea que nació contigo, el punto de partida de la totalidad de tus acciones, lo que constituye tu eternidad y lo que te hace abominable!

III

Tu fe, tu esperanza, tu caridad, la fábrica prodigiosa de tu alma, no son más que variedades de tu interés: filtraciones de tu egoísmo: papeles diversos que representa el mismo cómico.

La plenitud de tu ser descansa sobre tu vientre y sobre tu sexo: desde allí parte la red infinita de tus sentimientos como los hilos de una estación telegráfica, o los radios de la esfera, o la luz del sol.

Eres una cadena asida a la tierra y flotando en la inmensidad: comienzas en el lodo y te pierdes en el éter. Tú no sospechas, siquiera, otro objeto que tı mismo; otras leyes, otro ideal, otra estética, que los que se deducen del juego de los dos instintos arquetipos que te constituyen: su voracidad te multiplica, te amplía, te esfuma hasta la divinidad; pero su ruindad te envilece, te degrada, te achata, te precipita en la bestia.

A la manera de aquellas creaciones del poeta inglés, cuyos cuerpos no habían surgido completamente del barro bíblico, o como esas sombras de Dante convertidas en troncos de árboles, estás amarrado a leyes fatales, a pesar de tus sueños, hundido en el polvo hasta los kombres a pesar de tu soberbia. Todo lo concibes según la sustancia de que estás hecho y según la función para que has sido destinado: te comunicas con el espacio y el tiempo, por detrás de blindajes impenetrables: reflejas las imágenes, como un espejo diabólico, o grotescas o trágicas: la eternidad penetra en tí, difusa y feble. Jamás alcanzarás el secreto de Dios; porque siempre estarás presente en tí mismo, para imponer tu pequeñez. Como relámpago atraviesa por tu mente la Justicia; como pájaro fugitivo pasa por tu intelecto la belleza, como átomo imponderable se diluye en tus entrañas lo que es: vibrión miserable que escudriña lo infinito: podredumbre zahumada de mirra: plomo con alas!

PLEBEYAS

Merecer la misericordia de los hombres es más afrentoso, para la dignidad humana, que hacerse merecedor de cualquier castigo.

Cifro yo más esperanzas en un criminal que en un pordiosero. Aquel que se resuelve a pedir sin haber pensado primeramente en el crimen, una sola vez, siquiera, no tiene su corazón bien templado. Lo magnánimo, lo beneficiante y lo pródigo caminan por entre inútiles. La justicia cae sobre pecados, es decir: sobre fuerzas; y la caridad se derrama sobre vilezas, esto es: sobre impotencias. Lo pecaminoso es lo malo profesado en cierto grado de inconsciencia, y lo vil es aquello que se arrastra, porque así quedó escrito. Se castiga a los caídos, para que se levanten y sigan, y se acaricia a los incurables, para que mueran tranquilos. El vicioso, el malvado, el intemperante, no son, todavía, desgraciados; pero están en camino de serlo o lo son casi: cuando se haya agotado en ellos la última fuerza productiva de su propio bienestar, lo serán del todo. Lo más horrible que se pueda merecer, entonces, es la caridad; porque la caridad se deposita sobre la desgracia, y la desgracia yace tan abajo, que hasta los vicios mismos se agitan sobre su cabeza y descienden a ella. Huid, sí, de haceros objeto de cualquier misericordia, como si huýeseis del infierno.

Una mano que implora: he ahí la más innoble de las actitudes humanas, y el único espantoso trabajo que no deberías verificar jamás!

AL AZAR DE LAS IDEAS

Como se filtra el agua a través de las piedras, así discurre, tu vida por entre las mil circunstancias inesperadas que brotan a tu alrededor.

II. — Tu propósito, tu ambición, tu ideal, tu idiosincrasia, tu genialidad, tu ser adquirido, tu persona social, no se satisfacen más que a medias y a largos intervalos. Solamente aquello que conservas de la naturaleza no sufre privaciones: lo artificial, lo derivado, anda haciendo equilibrios constantemente y padeciendo desencantos a cada rato.

III. — Puede ser que dos veces en diez siglos, haya dicho un hombre civilizado: he ahí que estoy satisfecho del todo. Entretanto, la bestia salvaje encaja con exactitud en su medio ambiente. Toda civilización no es más que una evasión del Paraíso.

IV. — No creas que subir es siempre agradable, ni pienses que bajar sea siempre doloroso. Muchos de los que habitan la cumbre miran a la planicie con envidia; y es posible que alguno de los que moran en la planicie, suspire por el abismo.

V. — Solo aquellos que ignoran que no hay ni arriba ni abajo pretenden esa invención de las alturas. Nada está arriba y nada está abajo, sino más o menos lejos

de un punto convenido; y así también, nadie es superior y nadie es inferior, sino más o menos parecido a una ficción preestablecida, que puede dejar de serlo.

VI. — Si no fueras tan cobarde serías menos embustero; y si fueras menos embustero te saldrías más fácilmente de las convenciones humanas: fuera de ellas serías más feliz.

VII. — Porque la felicidad consiste en vivir vida de verdad; mejor dicho todavía: la felicidad consiste en vivir cada uno su verdad como la sociedad ha labrado una sola verdad para todos, a unos les viene estrecha: por demás, y a otros les viene demasiado holgada. La más perniciosa de las manías del hombre, es legislar, y legislar no es más que perjudicar la variedad.

VIII. — **Verum est id quod est** — ha dicho el Santo; — pero, lo que es, está en cada cosa y en cada organismo, de cierta manera, en cierta proporción y bajo cierto aspecto: vive, pues, tu verdad como la sientas.

IX. — Sólo aquellos que ceden consiguen. Cada fenómeno de la naturaleza no es más que una transacción de sus elementos. No se te ha hecho tal como eres, para que te plantes como una mula. Entre la terquedad de Balaán y la de su burra, se interpuso el angel; entonces, transó la burra, y habló. De otra manera todavía estaría azotándola su amo. He ahí una montura superior a un jinete.

X. — ¿Qué pretendía la burra? Que Balaán no pasase más adelante. Y ¿hubiese conseguido su propósito sin hablar? Seguramente, no; porque Balaán, luego de rendirla a fuerza de golpes, hubiera resuelto trasladarse de cualquier otro modo; pues la tenacidad no es atributo exclusivo de los asnos. ¿Qué hizo entonces la burra? Sacrificó, inmediata y gallardamente, su reputación secular de pensador silencioso, y arengó a su

dueño. ¿Cuál de los dos tuvo más carácter: ¿Balaán o su cabalgadura? La cabalgadura porque logró su objeto. Sí; pero sacrificó su reputación. ¡Sacrificó su reputación!... y que corona merecida no se coloca sobre alguna mácula y algún dolor?

¿Qué vida que no sea de animales, no encierra su llaga? ¿Cómo quieres que una bestia después de hacer obra de hombre, no tuviese de que arrepentirse? Mira: vivir vida fecunda, es pecar mucho.

XI. — Tener carácter es no tenerlo, para los detalles. Con la carga de tus preocupaciones, no irás más allá del primer obstáculo; o más exactamente dicho: el que no sea capaz de sacrificar unas preocupaciones, en aras de otras preocupaciones, que se dispare un pistoletazo.

XII. — Para no ejercer más que una sola función, no se me han dado tantas, me dirás tú; y yo te replico: tu centro varía al son de tus necesidades: tú estás hecho de tal manera que, en cada caso, puedes ponerte todo entero al servicio de tí mismo: a veces hay que ser león y a veces hay que ser paloma; y siempre, hay que recorrer toda la fauna: en la facilidad de las transformaciones está el éxito: tu gran función es vivir. ¡y a ella se subordinan todas las otras.

XIII. — Por eso no creo muy firmemente en el carácter, según veo que lo entiendes tú y lo suelo entender yo, algunas veces; y estoy por asegurar que la berra habló, no porque tuviese carácter, sino porque, en ese momento, todo su ser se puso al servicio de su propósito.

XIV. — Nada te importe contradecirte, porque solamente los estériles no lo hacen. La verdad no debe sacrificarse a ningún sistema. Lo que se piensa hoy, que es el presente, no ha de sepultarse en lo que se pensó ayer, que es el pasado. ¡Ay de los que tienen muchos días iguales!

XV. — Tengo observado que los mejores escritos son aquellos que menos se sujetan a un plan anterior. Las sentencias más contradictorias están en la Biblia y en el Evangelio, y hasta los mismos evangeiistas se desmienten unos a los otros. ¿Cómo ha podido surgir, de semejante confusión, la civilización actual? Indudablemente, esa aparente ataxia de principios consistirá en que los dichos libros fueron escritos al día, sin método ni preconcepción, como ha hecho el hombre sus cosas más duraderas: al azar de las ideas; al son de las impresiones; al compás del Universo. Así trabaja Dios, sin regla ni plomada.

XVI. — Hacerse un propósito, no es más que contratarse de cómico.

XVII. — Lo que se quiebra vale menos que lo que se dobla. El diamante tiene precio tan alto, no por lo que se rompe, sino porque difícilmente se rompe. La humanidad es elástica; por eso perdura. Allí donde una raza resiste la mezcla, sobreviene el incesto, que es la catástrofe. Nunca me llegarás a convencer de que el atributo de la estupidez sea un timbre de honor. Nada doy yo por un hombre sobre el cual hay que poner este letrero: frágil.

XVIII. — El mar, que es agua, vence a la muralla, que es piedra; porque la piedra no sabe más que estar, y el agua sabe hacer. Si la muralla saltase para atrás, en su ocasión, se burlaría del mar. La piedra, si algo quiere, quiere que se proclame su firmeza; y el agua, si algo quiere, quiere vencer. Esa es la diferencia, y en esa diferencia reside el secreto de la eterna conquista de lo dócil sobre lo inflexible.

XIX. — Yo digo, entonces: procedamos, dentro de lo decoroso, a la manera del agua. Y digo, también: por algo y para algo, la piedra no retrocede en presencia de las olas. Y pienso que estas diferencias de procedi-

miento, esta lucha, esta derrota y esta victoria, siéndome útiles como lección, han sido hechas para mí; y no pienso desatinadamente. Porque el Universo tiene dos objetos, uno real, invariable e inexorable, y el otro relativo y ocasional: del objeto real, invariable e inexorable sé aprovecha Dios, y del objeto relativo y ocasional se sirve la criatura. Los árboles, indiscutiblemente, no fueron hechos para que las aves colgaran sus nidos; pero, como las aves los cuelgan de ellos, harían bien en afirmar, que no fueron hechos para otra cosa. Todos somos los soberanos de todo, en virtud de que todo puede ser utilizado por todos.

XX. — Con el espolón de la cortesía se demuelen baluartes. Nada es más invulnerable que la coraza de los buenos modales. Aquel que no los posea que se quede en su casa; porque salir sin ellos a la plaza pública, vale tanto como salir en cueros. Así como la religión desenvolviendo el pudor, defiende mejor la castidad de la mujer que los muros del sérallo y sus enuncos, así también, la suavidad de las maneras, entre los hombres, ha sustituido victoriosamente a la armadura y al espadón de los tiempos antiguos. Más fácilmente te librarás de los asaltos de la pantera, que de las asechanzas de la serpiente.

XXI. — La tolerancia no es una abdicación, sino la venda con que discretamente nos cubrimos, para atravesar el campo enemigo. Tolerar a los otros es adquirir el derecho de que nos toleren; adquirir el derecho a que nos toleren, es conseguir que nos olviden; y conseguir que nos olviden, es casi triunfar. Porque, sábelo bien y de una vez para siempre: donde se está en mayor peligro, es en la memoria de los demás!

XXII. — Los grandes hombres de la historia, no han hecho otra cosa que dejar hacer el destino. ¿Quieres saber lo que es el destino? Pues yo sé lo que es eso, sin embargo de mi escasísima sabiduría; y tengo la

hidalga ingenuidad de afirmarlo, magüer de tus burlas... de las burlas sangrientas con que lapidas mi fama. Porque yo me hago esta serie de reflexiones interrogativas: ¿De quién es mi reputación? De quién la fabricó a su autojo y sin permiso mío, indiscutiblemente. Pero, ¿quién puso los elementos? Los elementos pude haberlos puesto yo, no lo niego; pero el tejido lo hiciste tú, sin mi intervención más remota. ¿Dónde se ha visto que el paño sea propiedad de la oveja de cuya lana lo fabricaron? Yo te dí un mal verso, pongo por caso, y tú me plantificaste una corona de laureles y un manto de púrpura. ¿Debo ser yo responsable de tus necesidades, cuando esas mismas necesidades me perjudican. ¿De manera que mi personalidad ha de estar a merced de las aberraciones de tus sentidos y de la ligereza de tus juicios? ¿Y yo no soy lo que soy, sino lo que tú piensas que soy? ¿Qué realidad tan monstruosa! ¿Qué derecho de la fuerza tan infame!

XXIII. — ¿Tengo yo la culpa de que tú tejas coronas de laurel con briznas de paja y mantos de púrpura con babaza de caracol? Qué! ¿porque se haga un verso se ha de ser poeta?; y porque se dé una limosna se ha de ser santo?; y porque se yerre alguna vez se ha de ser necio?; y porque se acierte otra se ha de ser sabio? Voy a decirte un apólogo:

XXIV. — Una vez había un burro en una pradera, y acertó a pasar por allí un loco, y vió al burro, y oyéndole rebuznar, dijo: he ahí el caballo de Alejandro.

XXV. — Y se fué a la ciudad próxima, y compró los más hermosos arreos, arreos para el burro. Y mientras iba de tienda en tienda, para elejir las prendas más ricas y primorosas, decía a los transeúntes: venid, venid conmigo; he visto por mis ojos a Bucéfalo, el caballo de Alejandro. Y todos se alarmaban del prodigio y le seguían.

XXVI. — Y como llegaron al sitio donde pacía el asno, comenzó a correr un rumor entre la multitud, y unos reían del loco, y otros protestaban del engaño, diciendo: ca! ese no es el caballo de Alejandro, ni el caballo de Atila, ni el caballo de la madre que lo parió al mentecato, puesto que ni siquiera caballo es: vive Dios, que es un borrico!

XXVII. — Pero, el loco, entretanto, aperaba tranquilamenté al jumento, sin cuidarse de la mofa y los denuestos de la muchedumbre. Y era tal la gravedad de aquel insensato, que algunos dudaban y otros empezaban a creer; porque las grandes inconsciencias tienen la virtud de triunfar hasta de la evidencia misma. Y el asno se asombraba más que todos ellos de las cosas que le acontecían. ¿Qué más podía hacer el infeliz, sino temblar?

XXVIII. — Y ya ensillado y engualdrapado, como el loco le cabalgase y pretendiese arremeter sobre la multitud, a fin de conquistarla, quizás, por el temor, — aconteció que el asno se puso a tirar tales coces, y tan violentos carcobos, que arrojó por tierra a su jinete malamente estropeado; y viéndose libre de aquella carga, se metió por entre los cardos, sin cuidarse de la riqueza de sus arreos, ni de la caída del loco, ni de los clamores de la muchedumbre. Y no procedió, a mi entender, tan malamente como a primera vista parece, porque los asnos no tienen ni remota conciencia de lo que pasa entre los hombres, así como los hombres no la tienen, tampoco, de lo que pasa entre los asnos.

XXIX. — Y entonces, el pueblo, que vió caer al loco, rió alegremente; pero, como el loco no se levantase en muy largo espacio, corrió hacia él, y, juzgándole muerto, comenzaron aquellos hipócritas, a llorar a grandes sollozos. Porque es propio de los hombres celebrar el dolor de los vivos, y regar de lágrimas los despojos

de los muertos como si lamentasen el término de una fiesta de que ya no gozarán más.

XXX. — Y dijo la gente: maldito mil veces el asno que así engañó, con su estampa de Bucéfalo, al desgraciado que aquí yace! Y arremetiendo sobre el burro, comenzaron a robarle sus ornamentos, sin pararse en las heridas y las contusiones que le inferían al arrancárselos. Porque con aquellos malos tratamientos, querían cohenestar la fealdad de su hurto. Y aquí te digo yo, que desconfíes siempre de los que fácilmente se indignan: la verdadera virtud está curada de espantos.

XXXI. — Y sucedió que en lo más recio del pillaje y de la algazara, levantóse el muerto, — que no lo estaba, — más cuerdo que nunca lo fuera, y confundido entre los agresores, como quién quizo hacer olvidar sus desaciertos, mientras maltrataba y despojaba al pobre burro, juntamente con los demás decía a voces altas, y con palabras llenas de filosofía: caiga sobre los mistificadores la ira de los mistificados: crucifiquemos al Mesías que no satisfizo los ideales de su pueblo! Y diciendo esto, y otras razones semejantes, arrancó violentamente, del lomo del asno, la prenda postrera del arnés; y con tal furia le asestó sobre los hocicos el último porrazo, que la mísera bestia, lanzando un gemido tristísimo, dijo: ay! señor loco, cómo es de cruel e injusto vuestro regreso a la razón!

XXXII. — Y volviéndose a los malvados, que ni siquiera el motivo de una pérdida de una ilusión generosa, tuvieron para maltratarle, pareció como que iba a arengarlos. Pero, no articuló ni una sílaba; porque Dios no permite que los burros hablen para los malvados. Sólo para los locos hablan los burros; porque sólo para las grandes almas, valientes y espontáneas, se adelanta o se retrasa la naturaleza. Sí, sólo para esas almas, se retarda el sol, se divide el mar, se doblega la montaña y se detiene perpleja la creación!

XXXIII. — Ese es mi caso: yo soy el burro y tú eres el loco. Para tí hablo, y de tu injusticia me quejo; de tu injusticia tan semejante a la de todos aquellos que han creído descubrir la verdad, después de largos años de predicar el error. De tu crueldad me quejo, noble loco; de tu crueldad que se parece tanto a la crueldad de los frailes apóstatas.

XXXIV. — Apacigua tus iras, y déjame, de una vez por todas, paecer filosóficamente por entre los cardos; que más vale un asno, en ciertas ocasiones, que diez caballos de guerra. Aprovecha este cuento, ya que has tenido la suerte de que hable un burro para tí solo. Yo, por mi parte, al referir tan alegremente mi triste historia, no pretendo tu conmiseración: solo quiero tu olvido. Ah! cómo es de insoportable la pesadumbre de una reputación que no se merece!...

XXXV. — Decíamos, que yo sé lo que es el destino. Pues, el destino no es otra cosa, que las múltiples series de circunstancias, superiores a nuestra previsión, a nuestra ciencia y a nuestra experiencia, por su número, por la distancia, desde que vienen, por la violencia con que se trasladan y por el derrotero inopinado que llevan; cuyas circunstancias, gravitando sobre nosotros, nos arrastran, sin consultar nuestra opinión, y a veces a nuestro pesar. Por eso, cada hombre, cada pueblo, cada raza, y cada época, tienen su destino. Por eso, también la humanidad tiene el suyo.

XXXVI. — Eso es lo que gobierna Dios. Tú no eres mas que su instrumento, mal que le cuadre a tu soberbia. Dios hace tanto, con el cerebro de Descartes, como lo que hace con el de un hotentote; con el fanatismo de Pedro de Arbués, como con la caridad evangélica de San Vicente de Paul. Dios anda trabajando en el conciliábulo del anarquista, y en la conferencia del Ateneo: en el hogar y, en el prostíbulo.

XXXVII. — No acepto yo grandes hombres, sin grandes medios; porque no se es ni grande ni pequeño, sinó por comparación. Ellos son como los protagonistas de las obras de teatro: Hamlet, para serlo, necesitó de un adulterio y de un asesinato. No habría Otelo sin Yago. Todo lo que no es, en el hombre, la naturaleza misma, es relativo y teatral; porque todo eso tiene su perspectiva y su público. Y lo relativo, puede ser y puede no ser, sin que se conmueva un átomo.

XXXVIII. — El hombre no es como un astro, que tiene su órbita, y marcha sujeto a ella por medio de fuerzas, cuya dirección e intensidad calcula cualquier algebrista. Tu camino es semejante a una cinta que hubiesen sujetado, por un extremo, al vientre de tu madre, y por el otro extremo, al vientre de la tierra; y sobre la cual cinta sopla el huracán: eres un paño que flamea. Nadie logrará jamás a determinar, ni una sola de aquellas ondulaciones, tan fugaces, tan insólitas, tan condenadas! Hé ahí la serie de tus minutos y los míos.

XXXIX. — El genio es el resultado de una gran paciencia, has oído decir antes de ahora, y tú los has creído desesperadamente, por que tiene de consolador. Y yo te aseguro, que el genio no sale de adentro para afuera: viene de los cuatro rumbos del horizonte hacia cualquiera de nosotros: es una circunstancia, como el viento que sopla sobre los pinares y los hace gemir. No es más que una combinación, una composición de lugar, un equilibrio inconsciente y casual, como los que suele producir la naturaleza inorgánica. Cesaron las circunstancias y ya desapareció el hombre genial, lo mismo que cuando la línea de gravedad deja de correr toda entera dentro de la torre, la torre se desploma.

XL. — Has meditado, alguna vez, sobre lo que discurrirá respecto de tí, el pobre diablo que te barniza las botas, mientras consume su ruín tarea? Mira, él no piensa mejor, con motivo de tu persona, que lo que

piensa el herrador, con motivo de su brioso cliente, mientras le clava las herraduras: tal vez admire su belleza, si la bestia lo merece; quizá se detenga sobre la configuración de sus cascos, sobre su alzada, sobre el color de los pelos de su piel y el largo de sus crines; puede ser que complique más sus lucubraciones mentales, y compare aquel caballo con otro que montó él cuando muchacho; que de estos pensamientos surja, en su corazón, el deseo de acariciarlo, de considerarlo mas ampliamente, de montarlo como montaba al de sus recuerdos, y hasta de poseerlo. Pero, se puede suponer, sin estar loco, que aquel herrador, por más mísero que sea, llegue a desear frenéticamente convertirse en caballo, en ese mismo caballo cuyas herraduras coloca, por más hermosa y robusta que la bestia sea?

XLI. — Pues, mucha semejanza existe entre los pensamientos que sugieres en la mente de tu lustrabotas, y los que despierta el animal en su herrador: posiblemente, se detendrá, antes que todo, sobre la configuración de tus pies; de allí pasará al color de tu pantalón, y de una en otra de tus prendas, y de una en otra de tu persona. Luego, según tu facha se complicarán sus pensamientos, y de idea en idea, se despertará en él el instinto de apropiación, que es el que primeramente se manifiesta, y deseará la fortuna que aparentas, la posición que ocupas, la felicidad que demuestras, la reputación que te sospecha, la sabiduría que te supone, la virtud que te imagina, etc. Pero ¿sabes de qué manera? De una manera verdaderamente extraordinaria, absolutamente fantástica: querrá ser tú mismo, sin dejar de ser él mismo, por un solo minuto. Es decir: querrá ser tu dueño, tu señor, tu ginete, nada más.

XLII. — Nadie quiere dejar de ser lo que es; porque morir no es mas que pasar de un estado a otro; y dejar de ser lo que se es, implica, entonces, la muerte. No has oído decir, muchas veces, a una mujer que, en virtud del recato propio de su sexo, no puede correr en

pos de su marido o de su amante. Ah! si yo fuese hombre! Pues, aquella mujer, no quiere ser hombre, para ser hombre; quiere ser hombre, para ser mujer.

XLIII. — De esto se deduce que, ni siquiera en pensamiento, se puede ser otra cosa de lo que se es: que nadie está descontento de sí mismo, sino de las contrariedades que se le oponen; que los propósitos irrealizables, son aquellos que contrarían la naturaleza del mismo que se los hace; y que es rodículo, cuando no peligroso, pretender meter en un molde convenido, lo que ya trajo el suyo desde el seno de sapientísimo de la eternidad.

XLIV. — Por todo esto, la más exacta medida de los hombres, la constituyen sus deseos. Búscalos por ahí y los encontrarás. Déjalos que peroren, que moralicen, que enseñen, que especulen, que critiquen, que teoricen, que digan y hagan cuanto se les ocurra. Todo eso lo verifican para caer sobre su presa. Mientras no les descubras su pretensión, les rodeará la sombra, y podrán herirte a mansalva.

XLV. — Todo lo que no sea instinto, nos ha sido dado para que nuestros instintos se satisfagan por su medió. El cerebro no es más que una arma agresiva: la palabra no es más que un tentáculo. Lo demás, es música de disparates.

XLVI. — Solamente presa del delirio, se quiere lo que no se puede. Querer es poder, cuando no se pretende la luna. Tu primer impotencia es no poder salirte de tí mismo. Todos triunfamos; porque todos vivimos la vida que debemos vivir, no otra. Déjate de fracasos, que no existen: todo es victoria!

EVANGÉLICAS

Lo único noble que les queda a los miserables es el orgullo de sus propias miserias.

II. — El que vive deseando parecerse a otros, no vive de ninguna manera, porque no está, ni en sí mismo, ni en los demás.

III. — Una cosa es el remordimiento de la conciencia y otra, bien opuesta, la cobardía de la conciencia. :

IV. — Aquel que procede malamente y luego se pone a temblar, es una naturaleza doblemente despreciable, porque hubiera retrocedido del mismo modo, en presencia de las dolorosas resultantes de lo honesto y de lo justo.

V. — La felicidad no es hija ni de las malas ni de las buenas obras; tan amargas pueden ser las consecuencias de una limosna como de una puñalada.

VI. — La enfermedad más repugnante que están expuestas a padecer las carnes humanas, es el frío del miedo.

•

VII. — Satán tiene una virtud: su cinismo.

VIII. — La entereza es indispensablemente necesaria lo mismo para los santos que para los malvados.

IX. — Mientras haya amor propio, habrá valor de la responsabilidad, habrá hombre.

X. — Todo ser humano soporta sobre sus espaldas un castillo, más o menos complicado, de esperanzas humanas: *pero sobre las espaldas del cobarde, no pueden apoyarse ni dos haces de trigo.*

XI. — Es tan miserable el que deja de pecar por temor a la justicia, como el que deja de proceder bien por temor a la crítica y a la calumnia.

XII. — Haz lo que mejor te parezca, si quieres hacer lo que debes; y haciéndolo así, no tiembles.

XIII. — Aquel que no siente el orgullo de sí mismo, todos los días y después de cada una de sus acciones, ya no es antes de dejar de ser: *no ha sido nunca.*

XIV. — Cualquier peligro — tenga el origen que tenga — es una copa que hay que apurar; de los que la beben tranquilamente, aunque sean los peores, está hecha la pasta olímpica de los eternos.

XV. — Los buenos y los malos momentos no tienen diferencia tangible; y lo último que debes arrojar al agua, en el naufragio de tu vida, es el valor de gritar: *Yo lo hice.*

JESUS

. Para mi chusma.

Hace ya veinte siglos que te alumbró el perdón desde las alturas de la cruz. Tus sabios, tus pensadores, tus filósofos le han dado muchos nombres, — reciprocidad, tolerancia, solidaridad humana, — pero no es más que perdón; pero no es más que amor. Deja no más que te llamen loco, cuando abandonas tus hijos para asistir a tu vecino enfermo; que te castiguen como a cohonestador del crimen, cuando das refugio en tu agujero al delincuente fugitivo; que te pronostiquen el patíbulo, cuando agrandas, en tu alma, la pálida figura del ajusticiado; y que te motejen de supersticioso y de ignorante y de estúpido, cuando velas junto a los muertos y lloras sobre de ellos y te arrodillas en presencia de su tumba; tú eres el bueno; es decir: tú eres el hombre!

* * *

Ser bestia es fácil. Vete al desierto o a la montaña o a la selva, o a la resonante orilla del mar y encontrarás tu alimento, tu vestido y tu cama al alcance de tus manos; pero no serás hombre, porque no tendrás a quien amar. Cualquier bruto toma represalias, cualquier víbora clava su dardo sobre los que pasan, cualquier alimaña defiende su cueva y gruñe junto a su presa, cualquier macho busca su hembra: ninguno de ellos besa sobre los dolores ajenos: nadie

perdona, más abajo de tí, oh hijo de Adán! Eso es humanidad.

Y todo lo que eso no sea es un apostema de tu alma, una cosa maldita que te tira para atrás. Tu civilización no es tu comodidad tus palacios, tus grandes ciudades, tus acueductos, tus máquinas, tus descubrimientos, tus ciencias y tus artes, que te dan facilidades, que te alargan la vida y la llenan de goces, no son otra cosa que el dique de los castores y la tela de las arañas y el instinto de lo más cómodo del gato ese que busca para echarse a vivir el sitio más confortable de tu casa: dejaste de ser como todos esos el día que vestiste la primera lágrima en presencia de un dolor que no era el tuyo!

* * *

Aquel que no hace su vida refiriéndola al vecino, y al barrio y a la comuna, y al país y al mundo, y al porvenir de todo esto, ese no está civilizado: todo egoísmo que no alcance tal amplitud, no habrá pasado de la órbita reducida de la animalidad inferior.

Cuando te pongan por ejemplo a las cosas, las plantas y las bestias, diles que tú no eres como ellas, que estás muy lejos de ellas y que no quieres regresar a ellas: y no regreses, aunque te azoten con espinas: y sigue amando a tu prójimo con toda la vehemencia con que te amas a tí mismo; si no quieres salir un buen día caminando en cuatro patas. No; la desgracia no es una basura repugnante; las grandes virtudes humanas no son grandes locuras. No; no: el bueno no está enfermo!

* * *

Así está diciendo Jesucristo, hace ya veinte siglos, desde las alturas de la cruz.

LECTURAS Y OPINIONES

Prosas de Julio Herrera y Reissig. — Crítica, cuentos y comentarios, prólogo de Vicente A. Salaberry. — Editor Maximino García. — Montevideo, 1918.

Vicente A. Salaberry el activo e inteligente escritor y periodista de la república hermana, ha reunido en un volumen — que, como el anterior de Florencio Sánchez ha sido editado por la Editorial Cervantes — un haz de prosas del malogrado poeta uruguayo: Julio Herrera y Reissig. El libro está subdividido en cinco partes y contiene artículos de crítica, estética y varios cuentos y cuadros realistas.

La brevedad del espacio nos impide hacer — como desearíamos un juicio analítico. Por otra parte la prosa que de Herrera y Reissig se nos ofrece es fragmentaria. Nos place, pues recomendar el contenido de este nuevo libro, y muy especialmente los capítulos de estética y crítica por lo que valen como parte de las futuras obras completas.

Caminito del fin. — Versos por Delfor B. Méndez. — La Plata, 1919.

De esta joven ciudad universitaria llegan periódicamente publicaciones y libros que revelan la existencia de un grupo de hombres estudiosos e inspirados, que piensan y sienten: Rafael Alberto Arrieta, Enrique Herrero-Ducloux, A. Vázquez Cey, Juan Chiabra, Rafael De Diego, Pedro Mario Delheye — prematuramente ido — y otros nos han regalado obras de indudable valor y mérito. El señor Delfor B. Méndez autor de los versos de *Caminito del fin* se ha sentido, tal vez, estimulado por tan grato ambiente y también ha publicado su libro. El acto no merece condena, al contrario: aplausos. Lástima no más que ese deseo deliberado se manifieste en muchas páginas que suprimidas, si bien reducirían el volumen, aumentarían el valor de la obra.

Pegaso. — El número 7 de esta simpática revista que en Montevideo dirigen: Pablo de Grecia y José María Delgado trae prestigiosas firmas de escritores argentinos y uruguayos.

La Revista de "El Círculo". — Hemos sido gratamente impresionados por la visita de los dos primeros números de esta lujosa revista que edita "El Círculo" de Rosario. Bellamente presentada *La Revista de "El Círculo"* puede competir con las mejores de la capital. La selección del material, la calidad de las ilustraciones y la esmerada presentación de los dos primeros números, hablan muy en favor de la obra meritoria de "El Círculo" institución ya conocida por su obra cultural y artística.

Myriam. — El número 29 de esta revista que dirige el señor Héctor F. Leiva no desmerece a los anteriores, que tanto prestigio consiguieron para *Myriam*. Entre las colaboraciones de este número se destacan las que pertenecen a: Osvaldo Magnasco, V. Serrano Clavero, Carmen Pandolfini, Héctor Pedro Blomberg, Roxana, etc.

Revista Nacional. — Recibimos el número 3 de esta revista mensual que dirigen los señores Mario Jurado y Julio Irazusta. Entre las colaboraciones se destaca una recordación a la memoria de Benjamín Taborga — que como se sabe fué uno de los elementos de más valía del Colegio Novecentista.

Ediciones Mínimas. — El último cuaderno correspondiente al año 1918 trae poemas y traducciones de Guillermo Valencia, el gran poeta colombiano, autor de *Ritos. Mínimas* anuncia para comenzar el cuarto año de su existencia: la traducción de la comedia *Vencidos*, original del gran comediógrafo inglés: G. Bernard Shaw.

OTRAS PUBLICACIONES

Acción. — Año I, núms. 8 y 9. — Buenos Aires.

Labor. — Año I, núm. 2. — Tucumán.

Israel. — Año II, núm. 34. — Buenos Aires.

La Montaña. — Año I, núm. 5. — Córdoba.

La voz del canillita. — Año I, núm. 2.

INDICE

	Pág.
Introducción.	66
Autógrafo (con fotografía).	67
Espigas	69
Páginas negras.	72
Plebeyas.	76
Al azar de las ideas.	77
Evangélicas.	89
Jesús.	91
Lecturas y Opiniones.	93

Ediciones Selectas "AMÉRICA"

CUADERNOS MENSUALES DE LETRAS Y CIENCIAS

Director: SAMUEL GLUSBERG

AMÉRICA publicará trabajos de los más eminentes escritores y poetas de la Argentina y de América.

Todo correspondencia literaria debe dirigirse a nombre del director.

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN

Argentina	Año.....	\$ m/n	2.40
	Semestre	" "	1.20
	Número suelto (en la Capital)	" "	0.20
	" " (en el Interior)	" "	0.25
	" atrasado	" "	0.40
Exterior	Año.....	\$ o/a	1.30
	Semestre	" "	0.70
	Número suelto	" "	0.15

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Avenida MONTES DE OCA 1700

BUENOS AIRES

CUADERNOS PUBLICADOS:

- * No. 1—**Florilegio**, poesías selectas, por AMADO NERVO
- * " 2—**La moral de Ulises**, por JOSÉ INGENIEROS
- " 3—**Espigas**, prosas escogidas, por ALMAFUERTE.

PROXIMAMENTE PRODUCCIONES DE:

Joaquín V. González, Carlos Octavio Bunge, José Enrique Rodó, Leopoldo Lugones, Julio Herrera y Reissig, Rafael Alberto Arrieta, etc.

AMÉRICA se vende en todas las librerías y kioscos sin excepción.
Agentes en: La Plata, Mar del Plata, Rosario de Santa Fé, Córdoba y Tucumán.

Las personas que deseen obtener números atrasados, pueden conseguirlos suscribiéndose. Las suscripciones deben dirigirse a esta administración a nombre de Leonardo Glusberg.

* Agotados.

